

leão pudesse falar, nós não o entenderíamos.” Certo. E para entendermos o leão, não basta que saibamos os seus códigos fonéticos, suas estruturas gramaticais, seu léxico. Necessitamos entender como o leão pensa, precisamos entrar no seu universo simbólico, compreender seu sistema social. Da mesma forma, não basta recolhermos os textos indígenas e africanos: temos que, todos nós, falar e gritar, se necessário, em favor da preservação das *peessoas* que compõem as culturas que produzem esses textos. Não basta lamentar que um pobre papagaio seja o único falante da língua de uma tribo extinta e portanto que a poesia desta tribo esteja irremediavelmente perdida. Se tal fosse o caso, bateria que nos apressássemos, todos nós caraiabas, munidos de gravadores, máquinas de filmar, câmeras fotográficas, e fôssemos a todas as tribos e todos os grupos negros e recolhêssemos os textos que eles produzem, e depois os deixássemos (como, aliás, se pode dizer que *deixamos*) sem escola, sem justiça, a mercê de exploradores, ladrões, e assassinos. Quando a última voz indígena se calar, quando o último atabaque deixar de ser batido por mãos negras, podríamos, então, dar o nosso suspiro de lívio por temos cumprido a nossa missão.

Eva Paulino Bueno
Penn State University-DuBois

Saul Sosnowski, comp., *Represión, exilio y democracia: La cultura uruguaya*. Universidad de Maryland: Ediciones de la Banda Oriental, 1987.

Saul Sosnowski, Louise Popkin, eds., *Repression, Exile, and Democracy: Uruguayan Culture*. Durham and London: Duke University Press, 1993.

La obra reseñada, *RePresión, Exile, and Democracy: Uruguayan Culture* compilada por Saul Sosnowski, es el resultado de una conferencia convocada en marzo de 1986 por la Universidad de Maryland para tratar diversos as-

pectos referentes al proceso de redemocratización que por aquella época se vivía en Uruguay y en todo el Cono Sur. Según explica el compilador en su introducción, el encuentro de intelectuales y artistas uruguayos había tenido como precedente un encuentro similar en la misma Universidad para tratar “el caso argentino”. El libro entonces recoge lo que fue la estructura de la conferencia, dividido en cinco secciones temáticas que representan otros tantos paneles de exposición-discusión de aquella.

Hay que señalar que existen diferencias notables entre la edición en español y la edición en inglés de esta obra. Falta en la segunda la quinta sección completa, titulada “Las dimensiones comparadas del Sur”, la que enfatiza la dimensión regional de las transiciones democráticas a través de las exposiciones de los procesos argentino, brasileño y chileno. Falta asimismo en la edición en inglés la transcripción de las discusiones que con la participación del público asistente cerró la sesión de cada panel.

Los registros discursivos de la conferencia no podrían haber sido más variados, desde el ensayo estrictamente académico (como los que forman la sección “Contextos”, primera del libro), al testimonio de la cárcel, desde la ponencia que trata de sintetizar una época ilustrándola con anécdotas reveladoras, hasta el poema que intenta descender a los infiernos de la tortura. Algunas de las ponencias revelan explícitas y notorias fidelidades ideológicas, en tanto en otras se detecta un no menos notorio afán de evadir los clichés político-ideológicos al uso. También se “siente”, más que se articula en discurso, la existencia de una brecha generacional, y otra entre exiliados e insiliados.

La conferencia refleja claramente el “momento espiritual” de la coyuntura en la que se inscribe. Una coyuntura signada por la obsesiva búsqueda del consenso a todo nivel, como forma de asegurar la gobernabilidad del primer Presidente elegido (casi) democráticamente al cabo de 12 años de férrea dictadura militar. Como se puede comprender fácilmente, la sociedad uruguaya había depositado enormes expecta-

tivas en el retorno de la democracia. Con la dictadura se acababa el encarcelamiento arbitrario de los ciudadanos, la tortura sistemática de los detenidos, la desaparición como procedimiento de exterminio de los opositores (o meramente sospechosos de serlo), la censura explícita y la autocensura, el ambiente de delación que agigantado por la amedrentada población reforzaba el clima de terror imperante. Pero por otra parte, la vuelta de la democracia era –y así es expresada por casi todos los panelistas– el reencuentro del Uruguay con la tradición de la “Suiza de América”.

Sin embargo, el golpe de estado de 1973, corolario de un lustro de deterioro socio-económico y político-institucional, había quebrado de la manera más brutal posible ese imaginario autoindulgente de comunidad tolerante, culta y progresista que el batllismo logró grabar profundamente en los uruguayos como una suerte de credo civil, y por cierto, como su logro más duradero. De hecho, ya la llamada “Generación del 45”, que Angel Rama denominara apropiadamente “Generación Crítica”, se había dado a la tarea de inventariar las fisuras del supuesto país modélico. Para muchas de las más prominentes figuras de la política, la cultura y el gremialismo, ya el país de 1968 en nada semejaba al de 1950. El impulso batllista, para usar la expresión de Carlos Real de Azúa, se había frenado definitivamente al desaparecer la suma de irrepetibles condiciones externas e internas que le permitieron florecer.

Abordado directamente por algunos panelistas, o subyacente en la exposición de otros, el tema medular de la conferencia fue ese “imaginario batllista”. Es el tema tratado por el politólogo Juan Rial, para quien la dictadura logró efectivamente romper con aquellos mitos que articularon “el imaginario social que ordenó el tiempo ordinario de los uruguayos”. (70) En consecuencia, para este ensayista, la tarea que tenía por delante la sociedad uruguaya era la de volver a crear un imaginario social hegemónico, que pudiera aunarla frente a los futuros “intentos heréticos”.

Pero el “imaginario batllista” no es meramente la democracia liberal en funciones, sino que es asimismo inseparable de un Estado fuertemente intervencionista en la economía, redistribuidor del excedente, administrador del patrimonio, educador universal. ¿En qué medida podía reflatarse aquel imaginario en el Uruguay posdictatorial, es decir, en un Uruguay empobrecido, y fuertemente endeudado con los acreedores externos, y con una “deuda social” acumulada que la democracia tenía el deber de –pero acaso no los recursos para empezar a saldar? Una sociedad que, luego de doce años de dictadura, debía recuperar el ejercicio pleno de sus potestades remontando el miedo que la dictadura sembró en la población.

Las expectativas agolpadas a los pies de la democracia eran inmensas, y es por ende sumamente interesante en la lectura de este libro contrastar las posiciones sustentadas por este grupo de intelectuales reunidos en la Universidad de Maryland meses después de que asumiera el primer Presidente posdictatorial, con la bastante más desencantada actitud de hoy. El tipo de idealización que la democracia cargó sobre sus frágiles hombros fue análogo a la idealización que los exiliados hicieron del Uruguay que debieron abandonar. Si empero algo fue evidente a la salida de la dictadura, fue que el país había cambiado para siempre.

El citado Juan Rial analiza la formación de un contraimaginario de cuño socializante, que coincide con la inmersión del país en la crisis, y pasa revista al imaginario de la dictadura. Por último, evalúa la contrucción de un imaginario de la transición democrática, y apunta el riesgo de que la crisis económica impida que el consenso democrático sea unánime: “La democracia es algo muy buscado por quienes tienen valores internalizados de las clases medias. Para las capas más bajas, esa proyección, en cambio, puede ya no ser tan eficaz como en tiempos anteriores”. (Sosnowski, 89)

La advertencia de Rial es por demás oportuna. Como se sabe, la redemocratización continental coincide puntualmente con la crisis de la deuda externa,

y en general, con el deterioro agudo de las condiciones socio-económicas. Ello pone en tensión una vez más los aspectos de "forma" y los de "contenido" de la democracia. Hasta el día de hoy la democracia no ha podido cumplir la promesa de mejorar la situación de las amplias mayorías.

El escritor Eduardo Galeano por su parte, otro de los conferencistas, constata que "Ahora tenemos democracia, gobierno civil en lugar de la dictadura militar, pero el sistema es el mismo y la política económica no ha cambiado en lo esencial". (110)

Tal vez al comienzo de la restauración democrática no se comprendiese cabalmente el inusitado grado de subordinación que el sistema económico globalizado imponía a las economías dependientes, y sobre todo a aquéllas de la escala de la uruguayaya. Pero de manera más dolorosa todavía, ninguno de los participantes podría haber anticipado que la solución promovida por el Gobierno de Sanguinetti, y votada mayoritariamente por los uruguayos en un plebiscito, para solucionar los muchos casos de violaciones a los derechos humanos durante la dictadura haya sido la aprobación de una ley de impunidad indiscriminada para los militares. El citado Galeano en su ponencia hablaba del miedo que subsistía en el Uruguay democrático disfrazado de prudencia: "Toda audacia creadora se considera provocación terrorista, desde el punto de vista de los dueños del sistema, que asusta para perpetuarse". (111) Y es precisamente el miedo a la desestabilización lo que dictó el "borrón y cuenta nueva" de la ley de impunidad.

Con humor, Galeano intenta poner un poco de perspectiva en la frecuentemente desorbitada idea que los intelectuales y escritores se hacen de su papel social y político, en este caso en la redemocratización uruguaya: "si la condición humana habitara un zoológico, los escritores estarían en la jaula de los pavos reales. El delito de arrogancia es el más frecuente en el gremio y casi un delito sindical". (11)

De todas las presentaciones, la más conmovedora es la del escritor Mauricio

Rosencof, militante tupamaro que pasó 11 años literalmente en un pozo, como rehén de la dictadura, aislado completamente del mundo, luego de ser sometido a 9 meses de torturas diarias. Su testimonio es invaluable para apreciar no sólo el increíble ensañamiento de sus captores, sino el inagotable caudal de dignidad y apego a la vida que pueden exhibir algunos prisioneros políticos en situaciones límites como las descritas por Rosencof: "Mi cerebro decretó que la derrota no existe. Y, por supuesto la victoria tampoco. Una y otra son convenciones", (131) dice, y se pregunta entonces el prisionero qué otra cosa que "derrotados" fueron Jesús y Artigas.

Otro testimonio importante, porque sale al cruce de cierta mitificación triunfalista de la resistencia del pueblo uruguayo a la dictadura, es la del Profesor José Pedro Díaz. Dice éste que "si se quiere hablar de resistencia, puede hacerse, pero con otro sentido, con el sentido de "endurance"; porque es cierto, la cultura soportó, resistió, y no quedó totalmente aniquilada, pero sí muy empobrecida". (201) Díaz brinda un panorama fidedigno del estado de postración y terror que vivió el Uruguay en su fase más militarizada, recuerda la alegría del plebiscito constitucional de 1980 que fue el principio del fin de la dictadura, y el surgimiento de las ingeniosas formas de resistencia, ahora sí en su acepción militante, que el pueblo uruguayo fue creando a medida que los uniformados iban perdiendo terreno.

Igualmente directo es el testimonio del músico Leo Masliah sobre la censura a sus colegas del canto popular. Masliah destaca la imprevisibilidad y la incoherencia de la censura, la aplicación de criterios distintos para censurar o aprobar una misma composición o autor. Pero también destaca Masliah cómo siempre se generan estrategias de resistencia entre los creadores: "algunos autores preparaban para la policía una versión especial con la puntuación cambiada o modificada la estructura de los versos de modo de confundir y ocultar el sentido". (124)

La cuarta sección del libro lleva por título "Las Orillas de los Exilios". Allí

los tres panelistas, Hugo Achugar, Alvaro Barros-Lémez y Jorge Ruffinelli encaran desde distintos ángulos los problemas de los que se fueron, de los que se quedaron, de los que regresaron, de los que ya no pudieron reinsertarse en el Uruguay democrático. Achugar constata que "(los exilados) No somos los que fuimos, los otros no son los que dejamos y el Uruguay es otro". (230) Pero Achugar subraya los aspectos positivos del exilio, y hace hincapié en la necesidad de que el país se abra al exterior: "El futuro de la cultura uruguaya pasa por la apertura luego de los años de la dictadura. Ayudar en esa apertura puede ser el parcial aporte de los desexiliados a la necesaria construcción colectiva de los puentes que sería deseable realizara la sociedad uruguaya". (231)

Ruffinelli por su parte llama la atención sobre ese país "desterritorializado" que forman los emigrados desde mucho antes de ocurrido el golpe de estado de 1973, y plantea que "hay que esforzar la imaginación para encontrar los medios de integrarlos a la cultura uruguaya, a riesgo de perderlos inútilmente". (263) Ruffinelli traza la continuidad del fenómeno migratorio entre los escritores e intelectuales uruguayos y latinoamericanos, y observa que las principales novelas del continente fueron escritas fuera de los países de origen de sus creadores. Concluye que en última instancia ha sido "el pensamiento crítico" el factor que las articula a todas ellas.

La introducción de Saúl Sosnowski resume apropiadamente el contexto de esta conferencia, así como sus puntos más destacables. Se trata en definitiva de un libro útil en el que la heterogeneidad misma de las exposiciones adiciona en vez de restar unidad al efecto de conjunto. Muchas de las experiencias relatadas en este libro, así como sus problemáticas generales, y algunas de sus conclusiones son extrapolables a otros países latinoamericanos. Pese a la artificiosidad de ciertos consensos, imputables a esa especial coyuntura inmediatamente posdictatorial, el libro recoge el legítimo orgullo y la alegría de unas gentes que al fin de una interminable noche,

empiezan a debatir sus problemas libremente.

*Isabel Quintana
Horacio Centanino*

Universidad de California. Berkeley

Eduardo Urdanivia. José María Arguedas en La Molina. Lima: Ediciones Universidad Nacional Agraria La Molina, 1992.

No es posible imaginar el Perú sin Mariátegui y sin Arguedas. Ambos, uno tras otro, teórica y creativamente, han construido la múltiple y conflictiva imagen del Perú de estos días. Mariátegui fue, por supuesto, quien abrió la brecha, el camino. Entre tantos aportes claves, su planteamiento frente al problema indígena y su tesis de la dualidad contradictoria entre la costa y la sierra, lo oficial y lo profundo, no sólo enjuiciaron los presupuestos ideológicos de la oligarquía criolla, sino que sentaron las bases para una mejor comprensión del proceso histórico y cultural en el Perú.

Convencido, como muchos otros intelectuales de su tiempo, de que la tesis mariateguista era legítima y, sobre todo, dueño de una vivencia indígena que le faltó al Amauta, Arguedas retomó poco después el mismo proyecto revelador. Al transitar por este camino en apertura, él asumía una doble responsabilidad: interpretar o traducir con cierta autenticidad el mundo andino y, al mismo tiempo, salvarlo del exterminio, de la destrucción violenta a la que estaba condenado. Arguedas respondió con firmeza a ese difícil compromiso: trabajando sin descanso, luchando contra todo desde muy joven hasta el preciso instante de su muerte. Así pudo salir victorioso, por lo menos, de una de las dos metas que se había trazado. Hizo que en el mundo andino el indio idealizado y el blanco estereotipado por los indigenistas recobraran un aspecto más humano. Además de inventar una lengua literaria ficticia, una especie de pura abstracción entre el español y el quechua, dos lenguas en desigual lucha y coexistencia en el Perú, ensayó diver-